

# El clima literario yucateco en el siglo XIX\*

DETERMINACIÓN DE LAS CIRCUNSTANCIAS  
QUE LO FAVORECIERON

Clemente López Trujillo

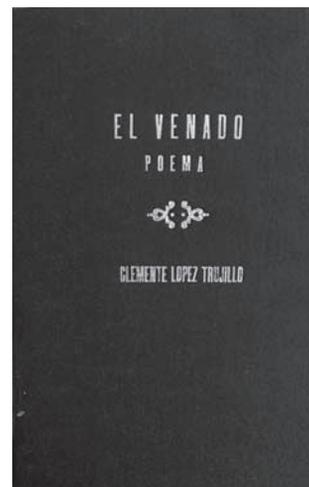
Conocemos todos el origen de esta mesa redonda. Surgió de una conversación entre periodistas y escritores por un "quítame esa paja que está a punto de caer en el ojo ajeno transformada en viga"... Se han escurrido chistes y más chistes desde que comenzó a hablarse de ella. La han señalado acaso tímidamente, de "oficialista". Digamos que la mesa está ya puesta y que cada quien se sirva como mejor pueda. Y puesta la mesa, agreguemos a manera de introducción, que en la literatura yucateca no se ha puesto el sol. Nuestros soles literarios giran en sus respectivas órbitas. Los desorbitados son algunos planetoides exacerbados por planetícolas clarividentes.

Acepté ser ponente del primer número del temario —"Determinación de las circunstancias que favorecieron el clima literario yucateco en el siglo XIX"— con cierta inquietud, por mi inevitable inestabilidad literaria, y no porque venga yo a ser plato de segunda mesa en esta primera Mesa de Literatura Yucateca. Cómo me hubiese entusiasmado escuchar más que ser escuchado, es decir, comer y no ser comido.

Qué bien estarían aquí, ahora, el polígrafo don Santiago Burgos Brito o el crítico don Leopoldo Peniche Vallado, consagrados escritores por su saber y su maestría. Pero Burgos Brito no aceptó en vista de su salud quebrantada, y Peniche Vallado porque tiene actualmente asignada una tarea que le absorbe todo su tiempo.

Sobre la literatura se ha escrito mucho, y sobre los problemas de la literatura se ha hecho, y se sigue haciendo, mucha literatura. (Recordemos a

\* Trabajo presentado en la I Mesa Redonda de Literatura Yucateca celebrada los días 20, 21 y 22 de septiembre de 1967 en la Universidad de Yucatán, y publicado en el suplemento dominical Artes y Letras del periódico *Novedades de Yucatán* el domingo 1 de octubre de 1967.



*Clemente López Trujillo* (1905-1981). Poeta, periodista y bibliotecario. Poeta muy unido al grupo de los contemporáneos. Mantuvo intensa amistad e influencia con León Felipe y Carlos Pellicer. Su obra poética es de gran calidad y su trabajo de crítica literaria, ensayo y periodismo se encuentra disperso en medio siglo de publicaciones periodísticas. Fue un crítico muy certero de la literatura yucateca.



Rubén Darío: *Y todo lo demás literatura.*) Los historiadores literarios, los críticos y los maestros en estas vastas y delicadas disciplinas han sido incesantes en su labor de despejar los caminos, ya sea desde un punto de vista sentimental, que tanto priva entre los mediocres especialistas de estos menesteres de la cultura fundamental del hombre; o enfrentándose y profundizando en los problemas de la técnica, de los métodos literarios, del lenguaje, del paisaje físico o espiritual, etcétera.

Y sobre la poesía, ni qué decir. Los grandes poetas de la humanidad han sido y siguen siéndolo, punto de partida y meta, de ensayistas y críticos que presentan estudios de hondo contenido medular, y otros que producen farragosos mamotretos que forman curiosas bibliotecas en todos los países y en todos los idiomas.

(Conste que estoy procediendo a través de notas marginales, y no construyendo un discurso ni insuflando un ensayo)... Se ha dicho que en México carecemos de crítica en el noble, en el más amplio sentido de la palabra, y que esto nos ha hecho mucho mal. Pero hay algo muy importante: el pueblo es un buen crítico a su manera (como cada quien lo es en la suya), aunque no lo exprese sino con su sola admiración y predilección por determinados autores, y esto queda naturalmente al margen de las llamadas técnicas literarias.



El escritor debe, por su propia responsabilidad ante sí mismo y ante su pueblo, educar y disciplinar el gusto literario del pueblo. Porque si no, ¿para qué escribimos? ¿Para nosotros mismos? (Siguen más interrogaciones...)

Tenemos la obligación, quienes escribimos en periódicos y revistas, de proporcionar pan intelectual a quien lo necesite. Si no, nos quedamos solos entre nosotros mismos. Dar ese pan educando el gusto, el paladar. Educando la mente y los sentimientos más íntimos del lector. Dándoles pan de harina o de maíz, pero pan integral para la mente y el espíritu.

Por esto vemos con simpatía los suplementos culturales que publican los periódicos de México y de Yucatán, claro que con algunas excepciones. Ignorar ya el poema de melindre, el "cantilenismo" en el llamado poema. De Amado Nervo, dar lo irrefutable en Amado Nervo. Y de Juan de Dios Peza, gran poeta todavía ignorado por nuestra generación...

Las páginas editoriales de los diarios son el otro vehículo, más directo si se quiere, para la otra educación, tan fundamental, como lo es la social y la política del pueblo. Páginas en que se da cabida a los artículos de simples periodistas o de escritores metidos a periodistas. Sin embargo, qué de cosas leemos en nuestras páginas editoriales. Cuando hay raíz de honestidad en el escritor, no nos asustamos, nos entristecemos un poco o un mucho, porque a través del escritor no adivinamos, si tenemos la convicción de que hay un hombre que piensa y dice lo que piensa. Pero cuando desde la raíz nos golpea el soplo de la irresponsabilidad, consciente o inconsciente, sólo nos indignamos y para más dolor, casi siempre callamos. Eso, decimos, que lo responda el otro. Y si el pueblo, como hemos dicho, sabe hacer uso de su crítica, a su manera, los desprecia. Pero aquí, ante esta crisis del escritor, del periodista que escribe en los periódicos, volteamos la hoja, y sigamos adelante...

¿Hay crisis en nuestra literatura o nuestra literatura está en crisis? La crisis es un problema del hombre actual. El mundo, todos lo sabemos porque todos lo sentimos en el alma y en la carne, está en crisis, y no vamos a estirarla o encogerla en las palabras.

Por eso hemos dicho en alguna ocasión que no hay que desesperar con eso de la crisis de la literatura. La literatura yucateca sigue su camino normal.

El que los jóvenes hagan o no versos buenos o malos, no debe llevarnos tan lejos. Acerquémonos a ellos o que ellos se acerquen a nosotros. Estimo que es lo que estamos haciendo en esta mesa redonda. (En un libro antiguo, de cuyo nombre no he podido acordarme, leí este epígrafe: [Hable el viejo]: Prosigamos. Contesta el joven: analicemos.) Analicemos, por tanto, jóvenes,

maduros y viejos. Si de esta reunión se salvase siquiera una sola palabra, y esa palabra es "esperanza", lo habremos ganado todo. Todo lo que aquí se diga y todo lo que aquí se discuta. El mundo no se salva ni en Ginebra ni en la sede de la ONU en Nueva York. El mundo se salva por el hombre mismo. Y no obstante todas las colisiones y todas las catástrofes que puedan sobrevenir, un solo hombre podrá salvar al mundo. Estemos preparados, a través de nuestros hijos y de nuestros nietos y de los descendientes de nuestros nietos, para seguir viendo esa lucecita que se va agrandando en la eternidad. La lucecita de la esperanza. La esperanza es el hombre mismo en la esperanza.

Acerquémonos a ellos o que ellos se acerquen a nosotros. Claro está que nuestros catedráticos de literatura tienen esa gran responsabilidad, pero el que se hagan versos buenos o malos no debe echárseles toda la culpa a los maestros, porque ella es de todos nosotros. En alguna forma se es siempre profesor o maestro de la literatura. Y de la juventud, ni qué decir.

En todo momento y a toda hora, los jóvenes comienzan, desde los pupitres de la escuela, a delinear sus primeras composiciones en eclosión amoroso, a veces desbordada y feroz, que es un punto de partida en el poeta. Y cuando digo poeta quiero que se tenga bien entendido que no hablo de los rimadores implacables, y a veces impecables, pero cuya obra no tiene nada que ver con la poesía, de acuerdo como la entendemos y sentimos desde que el hombre apareció sobre la tierra.

Yo he visto, con suave y silencioso espanto, poetas de cuarenta y sesenta y más años, todavía excitados por la llamada juvenil "edad de la punzada" poética. Y le he pedido a Dios por favor, que se apiade de mí y de mis más queridos poetas amigos...

Porque tenemos buenos poetas y poetas buenos en quienes no vislumbramos un solo aliento verdaderamente poético. Porque la poesía no es eso que se ha llamado "inspiración" (¡Oh, qué cosa tan lamentable eso de decir: "un poeta inspirado!"); la poesía es, antes que nada y sobre todas las cosas, una mezcla, una resultante de disciplina, de conocimiento, de técnica, de ilustración, de cultura. Es un problema de oficio, como lo es para el escritor, para el ensayista, para el periodista, para el crítico. Disciplina cultural. Y cultura básica. Por lo general nos andamos por las ramas, y de esta viciosa condición soy el primero en acusarme (yo que dejé de "pulsar la lira" hace muchos años), cogiendo los frutitos colgantes, y aunque trepamos el árbol por el tronco para llegar y lucirnos en las ramas, ignoramos la reciedumbre de las raíces del propio árbol.



Debemos partir de la raíz, pero no sólo desde la raíz, sino profundizar más y más, en la propia tierra tan rica en jugosa sustancia que le transmite su vitalidad (savia sabia) a la planta, y pone el color en la flor y el sabor en el fruto. Y una vez que se tiene en la boca el fruto y en la mano la flor y en el alma su perfume, debe mirarse un poco más hacia arriba lo que llamamos el cielo, y sentir pesantez y envolvernos en su misterio cósmico. (Se dice del poeta que está en las nubes. Sabio decir. Pero para escalar la cumbre es necesaria la raíz, muy soterrada, y el árbol, muy esbelto. Lo demás lo pone el ala de la mariposa o el cohete interespacial con su punta de diamante nuclear.)

He dicho que tenemos buenos poetas y poetas buenos, y es cierto. Los hemos tenido desde el siglo pasado. Recordemos hoy reverentemente al señor de *La tierra del faisán y del venado*, Antonio Mediz Bolio, quien acaba de cumplir diez años de desaparecido. Y no voy a mencionar más nombre, sino el de otro señor, Luis Rosado Vega. Con una exhortación a los jóvenes: que lean y releen a estos dos grandes poetas de Yucatán, de México y de América, porque nos hacemos mucho mal a nosotros mismos ignorando lo que tenemos en casa y vanagloriándonos de lo que encontramos, y a veces a ciegas, en la ajena, casi siempre a través de traducciones lamentables, y nos ponemos en mangas de camisa para dislocar el verso, digamos, la estructura del poema. Porque primero hay que ir a lo elemental —palabra ésta difícilmente comprensible— y después lanzarse al caos organizado. (He insistido en esto de los poetas y la poesía porque se dice que los poetas yucatecos se abstienen de participar en los certámenes y juegos florales... )

Casi todos nuestros escritores se marchan a residir en la ciudad de México, como se decía hace algún tiempo, "en busca de más amplios horizontes". Mencionemos algunos nombres: Ermilo Abreu Gómez, académico de la Española y de la Mexicana; José Esquivel Pren, Filiberto Burgos Jiménez, Ricardo López Méndez, Antonio Magaña Esquivel, Carlos A. Echánove Trujillo, Luis Augusto Rosado Ojeda, Miguel Ángel Menéndez, Carlos Duarte Moreno, Roque Armando Sosa Ferreiro, Gilberto Cantón, Esteban Durán Rosado, Bernardo Ponce, Ernesto Río Amora, entre los mayores, y que ponen muy en alto el prestigio literario de Yucatán. Distinguidos historiadores, como Silvio A. Zavala, de renombre continental, actualmente embajador de México en Francia, y J. Ignacio Rubio Mañé, director del Archivo General de la Nación. De las nuevas promociones, imposible citarlos a todos, pero van aquí algunos nombres: Fernando Espejo Méndez, Raúl Cáceres Carengo, Juan García Ponce, Carlos Duarte Moreno hijo, Raúl Renán González, Joaquín Bestard, Miguel Civeira Taboada...



Y si mencionásemos aquí a todos los escritores residentes en Yucatán, en su mayoría invitados a esta Mesa Redonda, sería cuento de nunca acabar. Todos trabajan, unos en su propia obra y otros en la ajena. Unos dan a la stampa sus producciones, en periódicos y libros. Otros callan y se guardan en la gaveta sus trabajos.

No obstante esto, hace falta una revista que los aglutine a todos, y en la que se den a conocer a los nuevos escritores. Desde *Voces Verdes* que puede decirse que tuvo larga vida y *Ochil*, revista de la cual sólo aparecieron tres números, en Yucatán se ha hecho sentir muy dolorosamente la ausencia de periódicos de esta categoría y calidad. ¿Por qué?

Vamos ahora a terminar por donde debimos comenzar, o sea, el tema propuesto al ponente: "Determinación de las circunstancias que favorecieron el clima literario yucateco en el siglo XIX". Daré mi parecer en pocas palabras.

La historia del periodismo en Yucatán, desde la introducción de la imprenta en 1813, es la historia de nuestra literatura hasta la Revolución Social Mexicana. Todo se hacía a través de los periódicos y revistas literarias, y se hacían ellos a sí mismos, los escritores.

Los periódicos bien escritos del siglo pasado, hechos por escritores de gran cultura, ilustración y responsabilidad, estimamos que propiciaron fundamentalmente el clima literario. Exactamente como en la metrópoli y en los demás estados de tradición cultural.

Gracias a todos, a todos, y muy especialmente al señor Lic. Pedro Solís Aznar; representante del señor gobernador del estado que con su presencia nos alienta y estimula en el logro de los mejores frutos de esta reunión.